

Cuyos campos, dehesas y plantíos
Regaban, abundosos
En pescados sabrosos,
Turbios arroyos y profundos rios.

Ricos habia osados mercaderes,
Que cruzando los mares,
Venciendo riesgos, superando azares,
Traian de Israel á las mugeres
Las turquesas que Iran cria en las faldas
De sus montes y bosques seculares,
De Egipto las costosas esmeraldas,
Y las perlas que esmaltan las coronas
De los altivos reyes;
Las que entre bosques de coral encierra
En apartadas zonas
El azul golfo Pérsico profundo,
Y que el marino audaz, hollando leyes
Y buscando la muerte vagabundo,
Disputa al fiero mar hasta en sus senos,
De raros monstruos y peligros llenos,
Para halagar la vanidad del mundo.
Y otros habia en fin enriquecidos
Con los nobles y espléndidos tejidos
Dos veces en la púrpura teñidos,
Que en aquellas edades
Eran orgullo y gloria,
Y hoy son no mas efímera memoria
De Firo, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
Ni entre los en las lides vencedores,
Ni entre los de campiñas poseores,
Ni entre los mercaderes opulentos,
Ni entre los marineros animosos
Que visitan del mundo los confines,
Los sacerdotes de Salen, guiados
Por el Señor á sus eternos fines,
Encontraron aquel que digno era
De aquella Virgen casta y hechicera,
Del universo mundo soberana,
Cuyo sagrado nombre
En las borrascas de la vida humana
Mas tarde habia de invocar el nombre.
Nombre á par del de Dios omnipotente,
Que allá en la azul esfera,
En su mano eternal apaga al rayo
Que ya pronto á partir vibra estridente;
De aquella Virgen cuyo puro aliento,
Al despertar la fresca primavera,
El florido tapiz que envuelve á Mayo,
Tiende por la fructifera pradera:
Y á cuyo soplo con susurro lento
Y amoroso, la ráfaga ligera
En sus tallos meciendo va las flores,
Prestando al vago viento
Suave son y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores,
El varon elegido
Por los sabios ancianos y tutores
De Miriam, el á todos preferido,
No fué jóven, ni rico, ni gallardo,

Ni guerreros ó cívicos honores
Daban prez á su frente encanecida:
En un oficio laborioso y tardo,
Las cosas necesarias de la vida
Con incesante afan se procuraba:
Mas cuanto pobre honrado,
Respetado por todos y querido,
De su alta edad desde el albor primero,
En su ciudad natal habia vivido,
Y José se llamaba,
Y era de Nazaret el carpintero.

Esta eleccion, empero, misteriosa,
Y para el pueblo todo sorprendente,
Hízola el mismo Dios, con milagrosa
Disposicion, patente
Haciendo á los ministros del santuario,
Su eterna y santa voluntad divina.
Un dia de Miriam los pretendientes,
Al despuntar la estrella vespertina,
Despues de alzar al cielo sus fervientes
Devotas oraciones,
Dentro del templo y cerca del sagrario,
Secas varas de almendro depusieron,
Segun de sus mayores
Uso fué y tradicion que recibieron:
Y cuando á la mañana
Siguiente, juntos al santuario entraron,
Verde y cubierta de fragantes flores
La seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linage,
A quien los mas activos de Judea
Tributaban respeto y homenaje,
Al ver aquel prodigio portentoso
Que apagaba la luz de su esperanza,
Rompió su vara en ademan furioso,
Y cediendo al impulso de su ira
Y ansioso de venganza,
Sed que á su alma Satanás le inspira,
Atentó de José contra la vida:
Mas á tiempo teniéndose por suerte,
Del templo se salió, y á la salida
A sí propio intentó darse la muerte.
Empero en el instante
En que al consejo de Luzbel cedia,
Vió de Miriam el cándido semblante
En la alta gradería:
Y en este mismo instante
Aquella aparicion, obra del cielo,
Devolvió su valor á su alma fuerte;
Y volviendo en sí mismo,
Con los santos discípulos de Elías
Se encerró en una gruta del Carmelo,
Y vencido Satan volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores,
La eleccion la anunciaron decidida,
Y la casta paloma, cuya vida
Como raudal de cristalina fuente
Se deslizaba mansa y dulcemente
Entre sagrados cánticos y flores;
Aquella virginal naturaleza

Gustáronla los dos: arrodilláronse
Todos y bendijeron al Señor:
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam:
"Tú serás para mí como mi madre: (1)
Yo te respetaré como al altar.
Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
Y ambos los cumpliremos á la par:
Así llenamos las terrenas leyes
Sin infringir la ley de Jehová."

Y así su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente.
Así llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente,
De que una Virgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V.

¡Oh cuánto al corazon es halagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¡A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincón en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasara?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué á tentar de los azares
De la guerra ó del mar á la fortuna,
Y la alcanzó en las guerras y los mares,
Llora al volver á ver en sus hogares
El lugar que ocupó su humilde cuna.

¡Con qué placer, al espirar na día
De otoño melancólico y templado,

(1) Entre los hebreos eran una cosa bastante comun estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decia á su mujer: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con mas razon cuando habia hecho intervenir en el voto, el altar ó el nombre de Jehová, su templo ó el sacrificio. Las mujeres tambien solian hacer estos votos.

Educada en la fulgida grandeza
Del templo sacrosanto:
Se sometió á la vida de quebranto
De ocupacion vulgar y rango oscuro,
Que del pobre artesano en la vivienda
Por dilatados años la esperaba;
Y de los sacerdotes en presencia,
Teñido de rubor el rostro puro
Que los rostros angélicos nublaba,
Les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiracion para consuelo
De su pesar la envió piadoso el cielo:
Y entreviendo su espíritu el futuro
Alto inefable y celestial destino
En la region del porvenir oscuro,
Ante el altar de Jehová postrada,
Oró con faz tranquila y resignada:
Y cual viajero que en la selva umbrosa
En noche de borrasca tenebrosa,
Para seguir aguarda su camino
A ver la luz del astro matutino;
Solo miró en José la protectora
Guarda que Jehová daba á su vida,
Contra la muchedumbre tentadora
De riesgos, seducciones y engaños,
Que á la mujer entonces como ahora
Cerca falaz en los primeros años.

IV.

Dias despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calles de Salen,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un palio
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo el dosel.

Allí, conforme al uso establecido
Por los viejos patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Virgen
El misterioso anillo nupcial,

Diciéndola: "Hé aquí que eres mi esposa"
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

A ver volvió la virginal MARIA
A Nazaret de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenia!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias que en Salen moraba.

El bello techo de su blanca casa
Que cubre el musgo que la lluvia cria,
La puerta hendida por do el aire pasa
Ve, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á traves de sus lágrimas, MARIA.

Y á su niñez tornando el pensamiento
La recordó desde el primer momento,
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.

Allí su anciana madre trasportada
De gozo la mecía en sus rodillas:
Detrás de aquella puerta escalonada,
Creía ver su túnica morada
Ribeteada de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquín con grave aspecto
De la dichosa madre embebecida,
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afán y maternal afecto.

Todo lo recordó, y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.

VI.

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has nacido,
Tu casa es el santuario por Jehová elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronará de estrellas,
Y nuestra impura raza, pasando por entre ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Virgen cuyos ojos dan luz al sol naciente,
De todo bien origen, de Dios emanacion,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu historia
cuenta

La fé con que te adora mi firme corazón.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO QUINTO.

LA VENIDA DEL ANGEL.

I.

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado
Protegido del fértil emparrado
Por el follaje oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado.

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y MARIA;
Que es fuente inagotable de alegría
La paz de la inocencia;
Y los castos esposos
Entre el trabajo y la oracion dichosos,
Miraban trascurrir dia tras dia.

En su taller mezuino,
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cedros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazon sobra nobleza,
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso:
Así el patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino, y oro, y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas:
Tosca y humilde estera
Tejieron del Jordan en la ribera,
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada

II.

La hora sonó: el Altísimo,
Calmado ya su encono
Contra el humano, el fúlgido
Mirar, desde su trono,
De inmenso amor fecundo,
Sobre el terrestre mundo
Giró, como relámpago
Nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
Que á su derecha asisten,
Que con las alas cándidas
Se cubren y revisten,
A los eternos fuegos
Quedar temiendo ciegos,
Al que mas cerca mirase,
Así ordenó su voz:

"Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
Y donde se alza tímido
De Nazaret el muro,
Deten la árdua carrera
Por la azulada esfera,
Y en el humano vórtice
Pon el seguro pié.

"Allí, en mansion de lúgubre
Color, y humilde planta,
Que del confuso estrépito
De la ciudad se espanta;
De nadie conocida,
Pero de mí elegida,
Púdica flor, ocúltase
La reina de Israel.

"Sé el que feliz anuncie
Mi voluntad divina;
Primero en ver la plácida
Estrella matutina,
Que el fausto fin ansiado
Del reino del pecado
Anuncia al mundo: humíllate
Ante su pura faz:

"Dila que al fin aplácese
Mi cólera severa,
Por la soberbia indómita
De la muger primera;
Del mal reparadora
Será, é intercesora
Entre el humano mísero
Y el sumo Jehová."

Dijo: y el ángel férvido,
De las eternas salas
Partiendo, al aire nítidas
Abre las puras alas:
Y al mundo presuroso
Dirige el vuelo ansioso,

A tan altos misterios destinada,
Cubrió; y aun mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza;
Bajo su manto cándido velada.

A la vecina fuente,
Con un antiguo cántaro que inclina
Bajo su peso la virgínea frente,
El agua cristalina
Va á coger, ó la túnica azulada
Que cubre su persona inmaculada,
A lavar con su vivida corriente.

Y al espirar el dia,
Cuando la filomena su morada
Busca bajo la fértil enramada;
Colocaba MARIA
Sobre una mesa limpia y reluciente,
Los panes de blanca refulgencia,
Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
Los lactiginios y la miel hiblea,
Al patriarca feliz de Galilea
Manjares deliciosos:
Y la cena frugal ya preparada
Cuando José tornaba á su morada
Concluida su tarea:

En el umbral la esposa
Lo esperaba de pié, y el agua pura,
Al fuego ya templada su frescura,
Le daba cariñosa;
Y él el polvo lavaba
De sus piés, y á la mesa se acercaba,
De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
A su lado sentábase sencilla,
Del mundo y de los tiempos maravilla
La que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno,
Junto formaba al de José, sereno,
Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa,
Las lentas horas rápidas pasaban,
Y los castos esposos se abrasaban
En el amor de Dios, y su afanosa
Pobreza enaltecida
Con la santa pureza de su vida,
Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
En aquella feliz, dulce existencia,
De trabajo y de paz y de inocencia;
Mas los tiempos llegaron
Del Salvador Mesías
Que anunciaban las altas profecías,
Y en su trono se alzó la omnipotencia.

Surco de luz espléndido
Dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero,
El rey de los querubes
Rompe la capa lóbrega
De las revueltas nubes;
Y el rayo diamantino
Que marca su camino
Es tal, que al verlo, súbito
Cegara un serafín.

Moviendo á un tiempo rápidas
Las alas de oro y nieve,
Deja el inmenso número
De soles muy en breve
Detras, y en la agitada
Atmósfera azulada
De nuestro mundo, ciérnese
Un punto en Nazaret.

Era aquella hora lánguida
En que el mortal inclina
A su Criador la súplica
Piadosa, vespertina;
En que en murmurio suave,
Del pez, el bruto, el ave,
Del bosque y mar elévanse
Mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
Del moribundo día,
El alma en ancho piélagos
De amor y de armonía
Se anega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo,
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvidase
De su mortal flaqueza;
Y unida al sacro coro,
Al son del arpa de oro,
Entona el dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del ángel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina:
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la vírgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático,
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudo vuelo:
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto,

Embajador benéfico
De paz y de salud.

III.

Penetra en fin en la apartada estancia,
De Dios el mensajero,
Desparciendo suavísima fragancia
Do quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la Vírgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos.

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
Inclinando la frente,
En voz cual de amantísima querella,
Mas sonora y potente:

"Yo te saludo, dijo, á Ti, la llena
De gracia y hermosura;
Contigo está el que vibra ó encadena
El rayo allá en la altura.

"Tú sola eres la Santa y bendecida
De todas las mugeres:
Capaz de dar al hombre eterna vida,
Tú sola, Vírgen, eres."

Y María tembló, no comprendiendo
Del ángel la voz grave;
Mas él en su embajada prosiguiendo
Con tono mas suave:

"No temas, que has hallado en la presencia
De Dios, gracia infinita:
Sin perder el candor de tu inocencia,
Serás por él bendita.

"Concebirás un hijo en tus entrañas;
Jesus será su nombre:
Y en tu tierra será y en las extrañas,
Salud eterna al hombre.

"Grande será: de todos bendecido,
Hijo de Dios llamado;
Y será el trono de David perdido,
Por él recuperado.

"Sobre la casa de Jacob, fecundo
Su reino omnipotente,
Cumplidas las edades de este mundo
Durará eternamente."

MARIA, empero, de sorpresa llena,
En su ignorancia pura,
Al ángel preguntó con faz serena:
"¿Mas cómo tal ventura

"Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
Si á Dios me he prometido;

Mansa mugió la mar, en la ribera
Sumisa recostándose adormida;
Del bajo mundo á la encumbrada esfera,
Todo tuvo otro sér y nueva vida.

Y al caer de la tarde, los pastores
Los rebaños trayendo á las majadas,
Y al volver á su hogar los labradores,
Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
Confusos se paraban de los rios,
Escuchando armonías misteriosas,
Que de prados, y montes, y plantíos,

En la region del aire se elevaban
Y sobre ellos un punto se cernían;
Y de aquellos prodigios se admiraban,
Y á sus gentes tal vez los referían;

En tanto que MARIA, en el estrecho
Límite de su estancia, meditaba,
Y de santa inquietud turbado el pecho,
A obedecer á Dios se preparaba.

LIBRO SESTO.

LA VISITACION.

I.

Era aquella estacion de encanto llena,
La estacion que los campos engalana,
La que da á cada tallo su capullo,
Y á cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura,
Y murmurio mas plácido á sus aguas,
Y al día mas fulgentes resplandores,
Y á la noche mas sombras y mas calma;

Era, en fin, la risueña primavera,
Estacion del amor afortunada,
En que naturaleza se reviste
De mayor juventud, vigor y gala;

Cuando dejando á Nazaret MARIA,
Caminó de Judea á las montañas,
Y á la ciudad de Ain, do el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
De la casta Isabel, aquella anciana
Que, según el celeste parainfo,
En su extrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta
Alimentaba entonce en sus entrañas;
Y anhelaba MARIA de aquel triunfo
Testigo ser de tan ilustres canas.

Y de virginidad só el puro velo,
Varon no he conocido?"

Y el ángel respondió: "Desde el altura,
Aquel tres veces santo
Bajará sobre tí; su sombra pura,
Cual generoso manto

"Te cubrirá; por esto al santo fruto,
Vírgen, que en tí naciere,
Pueblos y reyes le darán tributo,
Y ¡ay del que no creyere!

"Porque creas la nueva soberana
Que así te ha sorprendido,
Te diré que Isabel, tu prima anciana,
Un hijo ha concebido.

"Y aunque estéril la juzgan, del preñado
Esta es la sesta luna:
No hay imposible al Sumo, al increado,
Que amor y ciencia aduna."

Entonces la doncella anonadada,
Al nunciador divino
Así le contestó, la faz bañada
En rubor purpurino:

"He aquí sumisa del Señor la esclava;
Hágase en mí su voluntad divina."
Y en aquel punto el ángel se elevaba
Al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo
A habitar en la cárcel maldecida,
Y rescatar al hombre del profundo,
Muriendo para darle eterna vida;

Cumplido ya el misterio incomparable
De la generacion maravillosa
De un Dios en vil materia deleznable,
Si bien hecha por él, noble y gloriosa.

Solo el hombre, en su ciencia envanecido,
No sospechó que estaba tan cercano
El instante feliz y apetecido
Del complemento del linage humano.

Del invierno era el fin (1): la primavera,
Derramando raudales de verdura,
Al monte, al llano, al bosque y la pradera,
Revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol mas puro el vivo rayo,
Y en la flor columpiándose indecisa,
Fragante don del prematuro Mayo,
Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el arpaudo coro
Entonó mas armónicas canciones;
Y enmudeció del infeliz el lloro,
Y callaron los turbios aquilones;

(1) Según varios autores venerables, se cumplió el misterio de la Encarnacion un viernes por la tarde, día 25 de Marzo.

Circundada de amigos y parientes
Salió de Nazaret una mañana,
Dejando allí á José, que por entonces
No pudo á su pesar acompañarla.

Penosas y no esentas de peligro,
De Nazaret á Ain, cinco jornadas
Hubo de hacer MARIA, espuesta siempre
A fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella region por mil torrentes
Cortada y asperísimas montañas,
Y arenosos desiertos, propio asilo
De hombres perversos y de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas,
Que en posteriores tiempos la romana
Industria reparó, se interrumpian
Por barrancos ó bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas, al viajero
Con caída mortal amenazaban,
O desiguales surcos y hundimientos
Que el camello trazara con su planta.

Al caer de la tarde, en un recinto
Que con sus tiendas móviles formaban,
Deteniase acaso entre temores
Y angustias la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
Y una sencilla tienda la morada
Do pasaba la noche temerosa
La reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
Al término feliz, y sin tardanza
Se dirigió á la casa que el levita
Con su esposa amadísima habitaba.

E Isabel, que por una de sus siervas,
De la ilustre visita fué informada,
A su encuentro acudió, del puro gozo
El rostro lleno que inundaba el alma

Y la jóven entonces, no queriendo
Que ella fuera primera en saludarla,
"La paz del sumo Dios contigo sea!"
Le dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, á su cuello
Se quiso abalanzar; pero la anciana,
Súbite un paso atrás retrocediendo,
Fijó en ella su límpida mirada.

A la espresion de afecto cariñoso
Que su franca sonrisa revelaba
Pocos momentos antes, un profundo
Respeto sucedió: su frente, ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura
Se tornó: sus facciones transformadas,
Rayos resplandecientes despedían
Que de luz el vestibulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo
Sobre ella descendió, y arrebatada
Pronunció, dirigiéndose á MARIA,
Con resonante voz estas palabras:

"Salve tú, bendecida
Entre toda celeste criatura!
¡Salve, corriente pura,
Al mortal escondida,
De eterna redencion y eterna vida!"

¡Bendita tú, y el fruto
De tu vientre purísimo, bendito!
Al túrbido Cocito,
El hombre en llanto y luto,
Ya libre, no dará fatal tributo.

¡De dónde la ventura,
De que la madre de mi Dios, piadosa
A mí venga amorosa,
Bajando de su altura,
De esta su esclava á la mansion oscura!"

Que al llegar á mi oido
Su voz, en mis entrañas se ha agitado
De gozo el hijo ansiado.
¡Feliz la que ha creído!
¡El misterio inmortal será cumplido!"

Miriam entonces, plácida, serena,
Aunque del Santo Espíritu agitada,
Con voz suave, de armonía llena,
Prorumpió en este cántico inspirada:

II.

"¡Gloria, gloria al Señor! . . . La lengua
Esclame enajenada;
¡En Dios, que es su salud y su alegría,
El alma trasportada!"

Que sin ver de su esclava la bajeza
Colmóla de bondades;
Y admirarán su espléndida grandeza,
Del mundo las edades.

De corona inmortal ornó mi frente,
¡Cubrióme con su manto
Aquel temido Sér omnipotente,
El que es tres veces santo!"

El que agita del mar y de los vientos
La indómata pujanza;
Y vuelve á los furiosos elementos
La paz y la bonanza;

Cuya misericordia y cuyos dones
Sin límite, se extienden
Sobre una, y diez, y cien generaciones
De los que no le ofenden.

Desplegó el indomable poderío
Del brazo prepotente,
Y en medio aniquiló al mortal impío
De su furor demente.

Derrocó á los magnates poderosos
Del solio enaltecido;
Y á los sitios de honor esplendorosos
Ensalzó al abatido.

Al pobre enriqueció, y á los hambrientos
Colmó de sus favores;
Tornándose desnudos, macilentos,
Los ricos opresores.

De su misericordia ilimitada,
Pompa hizo en su largueza;
Y recobró Israel esclavizada
Su brio y altiveza:

Segun lo que á Abrahan fué prometido
Y á nuestros genitores,
Y hasta que el fin del mundo haya venido,
Tendrán sus sucesores."

III.

Treinta soles pasó la Virgen pura
En la region Hetea bendecida,
De Ain á pequenísimas distancia,
En la casta mansion de Zacarías:
Allí la nieta de David, dotada
Como él tambien de inteligencia altiva,
En su primer cantar nubló la gloria
Del gran progenitor de su familia:

Allá al caer de la apacible tarde,
Cuando empieza á alentar la fresca brisa,
Miraba acaso el estrellado cielo,
De vaporosas nubes intranquilas
Cubierto, que á la vista semejaban
Diáfanos velos sobre piedras finas;
O del inmenso mar allá á lo lejos
Las llanuras sin límites seguía,
Ya, cuando de sus olas agitadas
Del aquilon á las tremendas iras,
En montes de zafir hasta las nubes,
Querer llegar osadas parecían;
O ya cuando apacibles, levemente
Rizadas por las auras vespertinas,
Venían á dormirse en manso curso
Sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
Hasta entonces á Miriam desconocidas,
Aneaban su sér, aquellas horas
De honda meditacion! . . . ¡Con qué delicia
De la madre comun, naturaleza,
Contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
Que el mezquino mortal con pasmo admira,
Soñando acaso en vanidoso sueño

Que sus leyes incógnitas descifra;
Y amontonando luego en laborioso
Estudio, los sistemas que combina,
Cuando el secreto juzga adivinado,
En el punto se ve de su partida;
Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
Y mas y mas se ofusca y estravia
La orgullosa razon de que se jacta,
Que ante un grano de arena se aniquila;
Hasta las mas pequeñas perfecciones,
Hasta las mas debilitadas tintas,
Que la mano suprema sabia puso
Del prado en las postreras florecillas.
Ella amaba los bosques y los campos,
Las aguas de las fuentes cristalinas,
Las doradas espigas del otoño,
Y de Mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
Del sabio rey llamada; entre las hijas
De los hombres, al lirio comparada,
Que crece del zarzal en las espinas;
Ella, que al mundo fué, cual la paloma
Que al arca de Noé llevó la oliva,
Señal de salvacion en el naufragio,
¡En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del sacerdote,
Un estenso jardin cercado habia,
Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
Y en fragancia y verdura competian,
Los árboles y plantas mas hermosas
Que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda,
Sobre todas las otras altecida,
Soberbia erguia la feraz palmera,
Del dulce fruto ornada, que es delicia
Del hombre; allí el naranjo perfumado
De su flor inmortal, se estremecía,
Cubriendo el suelo de menudas hojas
De azahar, á la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicomoro
De esbelto talle, la copuda encina,
El tamarindo, el abedul reacio,
Y el cedro, rey de la foresta umbría;
Y el plátano flexible, cuya copa
De verde claro, al céfiro mecida,
Tan tersa luce al sol y abriantada,
Que á las sedas de Persia diera envidia:
Y en fin la pompa, y gala, y donosura
Estaba allí completa y reunida,
Con que dotó feraz naturaleza
Las fértiles llanuras de la Siria.
En medio de una fuente saltadora
Brotaba la corriente clara y viva,
Que desde entonces entre los hombres lleva
El dulcísimo nombre de MARIA.
Y allí de algunos sauces á la sombra
Ambas sentadas, las felices primas
Pasar solian las serenas tardes,
En plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave, y sazónada, y religiosa
Aquella dulce plática seria!